

LAS BASÍLICAS PALEOCRISTIANA Y BIZANTINAS DEL SANTO SEPULCRO EN JERUSALÉN

RESUMEN: Este artículo analiza la historia de la Basílica del Santo Sepulcro entre Constantino I el Grande y la conquista islámica de la Ciudad Santa por Saladino en 1187. Las principales fuentes son Eusebio de Cesarea, el Peregrino de Burdeos del año 333, Egeria, Jerónimo, Pedro el Ibero, Cirilo de Escitópolis y el patriarca Eutiquio de Alejandría.

PALABRAS CLAVE: Jerusalén. Santo Sepulcro. Tierra Santa.

ABSTRACT: This article deals with the Shrine of Holy Sepulcral in Jerusalem's history between Constantine I the Great and the Holy City's Islamic conquest by Saladin in 1187 A.D. The main sources are Eusebius of Caesarea, the Pilgrim of Bordeaux in year 333 A.D., Egeria, Jerome, Peter the Iberian, Cyril of Scytopolis and the Patriarch Eutichius of Alexandria.

KEY WORDS: Jerusalem. Holy Sepulcral. Holy Land.

La primera relación de Constantino I el Grande con Jerusalén tuvo lugar en 325. Aquel año el obispo Macario de Jerusalén logró dos favores del emperador. El primero estribaba en que el emperador permitía derruir los templos de Venus y la Tríada Capitolina que Adriano en 135 había ordenado disponer sobre el Gólgota (el de Venus) y encima del Santo Sepulcro (el de la Tríada Capitolina). Así, Constantino I mostraba fidelidad a su política de devolver a los cristianos los antiguos lugares de culto que hubiesen sido requisados por las autoridades paganas.

El segunda radicó en el VIII canon del concilio de Nicea de 325. En el seno de la cristiandad palestina existía una bicefalía entre los obispos de

Jerusalén y Cesarea Marítima. Cesarea había sido la capital de la provincia romana de Judea. Hasta la destrucción del templo de Jerusalén en 70 d. C., los gobernadores romanos habían residido habitualmente en Cesarea, llamada en el Nuevo Testamento Cesarea Marítima por oposición a la septentrional, Cesarea de Filipo. Sólo en momentos en que se reunían grandes muchedumbres en la Ciudad Santa (sobre todo durante las fiestas anuales judías), los gobernadores romanos se trasladaban a Jerusalén ante los riesgos de motines. Ello explica la presencia de Poncio Pilato en Jerusalén durante el proceso de Jesús, pues se celebró inmediatamente antes de la Pascua judía.

Como la administración eclesiástica se aprovechó de la romana, surgieron conflictos de preeminencia entre las sedes episcopales de Jerusalén y Cesarea Marítima. En el tránsito del siglo II al III ambas poseían la misma importancia. Los obispos de Jerusalén y Cesarea Marítima encabezaron conjuntamente las actas de un concilio de la provincia de Palestina que se celebró en la Ciudad Santa, según testimonio de Eusebio de Cesarea en la *Historia Eclesiástica*. A lo largo del siglo III se reconoció una preferencia consuetudinaria en favor del obispo de Jerusalén. Así se percibe durante el sínodo de Antioquía, que condenó en 268/269 al obispo Pablo de Samosata. Allí firmó en primer lugar Narciso de Jerusalén, seguido de Teófilo de Cesarea Marítima.

El VII canon del concilio de Nicea de 325 otorgó fuerza legal a la preeminencia consuetudinaria del obispo de Jerusalén sobre el de Cesarea Marítima que se había iniciado en el siglo III con el auge de las peregrinaciones a Palestina. Es cierto que las peregrinaciones a Tierra Santa se iniciaron en la segunda mitad del siglo II con el apologeta Justino y Melitón de Sardes, pero adquirieron importancia en el III con personajes de la talla de Clemente de Alejandría, Julio Africano, Pionio de Esmirna, Firmiliano de Capadocia y los hermanos Gregorio y Atenodoro de Neocesarea. Sin embargo, los padres de Nicea de 325 no concedieron al obispo de Jerusalén la categoría de patriarca, para lo que los jerosolimitanos contaron no sólo con la negativa de los obispos de Cesarea Marítima, sino con la mucho más dura de los patriarcas de Alejandría, quienes pretendían extender su jurisdicción a Fenicia y Palestina desde sus dominios de Egipto, Libia y la Pentápolis.

En los años 326 y 327 Elena, madre de Constantino, peregrinó a Tierra Santa. En el transcurso de su viaje se halló la Santa Cruz. Ese descubrimiento entusiasmó al emperador, que escribió una carta de parabién al obispo Macario. En la misiva Constantino informaba a Macario de las órdenes que había dado al viceprefecto del pretorio Daciliano y a un innombrado gober-

nador de Palestina para que iniciaran las obras de la basílica de la *Anástasis*. Asimismo, ordenaba a todas las autoridades del Imperio que prestaran su ayuda a tan magna obra. El ánimo imperial lo refleja Eusebio de Cesarea en su *Vida de Constantino* cuando dice que el «piadoso emperador consideró que era un deber suyo exponer a la vista y a la veneración de todos el muy santo lugar de la Resurrección del Salvador, que se halla emplazado en Jerusalén».

Con tales miras Constantino envió a los arquitectos Zenobio y Eustacio, aunque permitió al obispo Macario cierto margen de maniobra para disponer el ornato interior del nuevo templo. Es curioso señalar que a raíz del viaje de Elena arribaron las más antiguas reliquias de la Vera Cruz a Roma. Desde 312 Elena vivía en el *Sessorium*, una villa imperial comenzada por Septimio Severo y concluida por Heliogábalos, que constaba del palacio, un pequeño anfiteatro y un circo. Elena trajo, a su regreso de Tierra Santa, un pequeño trozo de la cruz de Cristo a la capilla doméstica del *Sessorium*. Cuando la madre de Constantino murió en 330, el *Sessorium* se transformó en una basílica, que recibió el nombre de “basílica Sessoriana”. Allí se venera ese fragmento del *lignum crucis*. Con el tiempo, los papas celebrarían la estación de Viernes Santo en la basílica Sessoriana, que entonces adquirió la nueva denominación de Santa Cruz de Jerusalén.

El plan de Zenobio y Eustacio consistía en el añadido de una basílica paleocristiana de ascendencia romana que cubriese, en la colina del Gólgota, la sepultura vacía de Jesús. En 333 el peregrino del *Itinerarium Burdigalense* aún se refiere a «la pequeña colina del Gólgota donde el Señor fue crucificado y, a un tiro de piedra de allí, la cripta donde fue depositado su cuerpo y donde resucitó al tercer día».

El sepulcro de Jesús fue concebido como un *martyrium* a base de un edículo. La estructura del *martyrium* de Jerusalén (llamado habitualmente la “Santa Rotonda”) recuerda la de los mausoleos y baptisterios que, a su vez, tienen una inspiración más remota, dentro del arte romano, en el mausoleo de Adriano (actual Castel Sant’Angelo), en Roma, y en la tumba de Cecilia Metela, en la Vía Appia. En general, todos los *martyria* son edificios de culto de las reliquias de un mártir para guardar su memoria. Cada *martyrium* tiene un ara, que se coloca en línea vertical sobre el enterramiento. Esta disposición pasa del arte catacumbario a las basílicas paleocristianas, donde se recubre con una bóveda sustentada por cuatro columnas que recibe el nombre de baldaquino o ciborio. Con el auge del culto de las reliquias, en el interior de las criptas sepulcrales de los mártires se colocan altares.

La cúpula primigenia del *martyrium* del Santo Sepulcro tenía una altura de 38 metros y descansaba encima de una columnata interior de orden corintio. Bajo el edículo se halla la gruta abierta en la roca que albergó la tumba de Jesús, que tiene forma de hipogeo con una antecámara abierta en la escarpadura de la roca y la sepultura en sentido estricto, de suerte que podía penetrarse en la antecámara sin necesidad de acceder al sepulcro. La Santa Rotonda ofrecía un deambulatorio entre la columnata corintia interna y el muro. Ese deambulatorio permitía el acomodo de muchedumbres durante las grandes fiestas del cristianismo, como el Viernes Santo o la Pascua Florida.

La basílica primigenia del Santo Sepulcro, sin el *martyrium*, constaba de atrio externo, *nartex*, tres naves, presbiterio y atrio interno a fin de separar la basílica (más dedicada a la memoria de la muerte de Cristo en el Gólgota) del *martyrium* (consagrado en mayor medida al recuerdo de la Sepultura y Resurrección de Jesús). El *martyrium* se abría al atrio interno por tres puertas, a la vez que el Gólgota permanecía a cielo descubierto.

El atrio externo (*exonartex*) de la basílica era un patio a cielo descubierto con el objeto de aislar las naves longitudinales de la calle. Su puerta (una de las dos que tenía la basílica, pues la segunda daba al atrio interior) salía a la calle por la izquierda de la actual basílica del Santo Sepulcro. Al atrio externo le precedían unos propileos cuyos restos se descubrieron en 1907. El atrio externo tenía una estructura de arquerías, la última de las cuales, más próxima a las naves longitudinales del interior, recibía el nombre de *nartex*. Se reservaba a los catecúmenos. Al iniciarse la misa de los fieles, se cerraban las puertas de la basílica, con lo que el *nartex* constituía su parte pública por contraste con la naturaleza semipública de las naves.

En las tres naves se agrupaban los bautizados. Su construcción se basaba en arquerías para sostener la cubierta. Debajo de las tres naves de la basílica se encontraba la capilla de Santa Elena, que se construyó desecando la cisterna en la que la madre del soberano halló la cruz de Jesús. La basílica del Santo Sepulcro se consagró el 17 de septiembre de 335.

En la Ciudad Santa, Constantino inició la construcción de la basílica de los Apóstoles aprovechando el Cenáculo, que se terminó durante el episcopado del obispo Máximo (331-349), quien sucedió a Macario en la rectoría de la madre de todas las Iglesias, bien que los últimos retoques correspondan al episcopado de Juan de Jerusalén (386-417).

El mismo arquitecto Eustacio que trabajó en la basílica del Santo Sepulcro diseñó los planos de la basílica circular de la Ascensión en la cima del Monte de los Olivos. Esta última sólo se terminó en 378 por iniciativa de

una piadosa dama de nombre Pemenia, que impulsó la continuación de las obras dos años antes para contrarrestar la pretensión, aún cercana en el tiempo, de Juliano de reconstruir el templo de Jerusalén, que había levantado algunas esperanzas entre los judíos. El título oficial de esa basílica posteriora es de la «Ascensión del Señor» (ἡ Ἀνάληψις τοῦ Κυρίου). Sin embargo, la monja galaica Egeria la denomina *Inbomon* en el relato de su viaje a Oriente y Palestina, que transcurrió entre 381 y 384. Esta denominación debe ser la popular y deriva de las palabras griegas ἐν βωμῷ (< *in autario*, o sea ‘en el otero’).

El siglo IV contempla la victoria del cristianismo, que se inició en 313 con el edicto de Milán y terminó en 380 con el edicto de Tesalónica promulgado por Teodosio I el Grande. Esto llevó a un incremento de los viajes a Tierra Santa. A fines del siglo IV y principios del V, Jerónimo (*Carta* 44 a Paula y *Carta* 85 a Océano) dice que los peregrinos llegaban de todo el Orbe, incluidas tierras tan alejadas como Britania. Esto llevó a un desarrollo del monacato (principalmente en el Monte de los Olivos, junto a Jerusalén, y en Belén) y a un desenvolvimiento de la liturgia *in situ*, ya advertido por Egeria (*Itinerarium Egeriae* 47, 5): «Sobre todo, esto es particularmente bello y digno de admiración, que tanto los himnos y antífonas como las lecturas y oraciones que dice el obispo tienen siempre un contenido tal, de ser adaptadas y convenientes al día en el cual se celebran y al cual se desenvuelven». Cuando vuelven a sus tierras esos peregrinos, llevan algunas costumbres litúrgicas de la Ciudad Santa.

En el siglo V, Melania la Joven pagó la techumbre del Gólgota durante el viaje que hizo a Jerusalén en 439 con su marido Piniano. Entre 450 y 460 la emperatriz Eudocia restauró la piscina de Siloé construida por los reyes de Judá (si es que no por el propio Salomón) y las murallas de la Ciudad Santa (Juan Malalas, *Chronica* 14. 8 [Dindorf] = p. 278, 37-42 [Thurn] y *Chronicon Paschale* en: Migne, PG 92, col. 805). Eudocia visitó Jerusalén por vez primera en 438/439. Su instalación definitiva en 444 explica su deseo de que la Ciudad Santa compitiera con Constantinopla. A ese anhelo se refiere Cirilo de Escitópolis (*Vida de Santa Eutimia* 38): «La bienaventurada Eudocia construyó para Cristo un número tan grande de iglesias y tantos monasterios, y para los pobres y viejos erigió tal cantidad de hospitalares, que no soy capaz de enumerarlos».

El obispo Juvenal gobernó la Iglesia de Jerusalén desde 428 a 452. Inmediatamente después del concilio de Éfeso de 431, Juvenal erigió la tumba de la Virgen aprovechando la oleada de devoción a María que se inició con la declaración de su maternidad divina por el antedicho sínodo.

Juvenal consiguió el patriarcado para Jerusalén a raíz de los problemas que las disputas cristológicas acarrearon a Constantinopla y Antioquía (en ambos casos, el nestorianismo) y a Alejandría (aquí, la controversia monofisita). Así, los sinodales de Calcedonia concedieron el 26 de octubre de 451 a Juvenal el gobierno eclesiástico de las metrópolis de Palestina I, con capital en Cesarea Marítima y 29 obispos sufragáneos, Palestina II, con centro en Escitópolis y 14 sufragáneos, y Palestina III, con sede en Petra y 13 sufragáneos. Juvenal y Eudocia erigieron en Jerusalén las basílicas de la Virgen, junto a la Piscina Probática (destruida por los persas y reedificada por los cruzados en honor de Santa Ana), San Juan Bautista, una iglesia con cúpula junto a la restaurada piscina de Siloé a la que Pedro el Ibero llamó en 451 iglesia de Siloé, y la basílica de Cristo invocado como “Divina Sabiduría” (esto es, el Verbo encarnado de Dios Padre) encima del Preitorio de Pilato.

Los persas del rey Khusro II (conocido en las fuentes griegas como Cosrroes II) destruyeron esta basílica el 20 de mayo de 614, al igual que casi todos los santuarios cristianos de Tierra Santa, con la salvedad de la basílica justinianea de la *Theotókos* en Jerusalén y de la Natividad en Belén. A ésta última la respetaron al ver una representación en mosaico de los tres magos con el traje de gala iranio y tocados con gorro frigio.

Las fuentes más importantes alusivas a estos sucesos son el patriarca de Alejandría Eutiquio, quien escribe en el siglo X, y la *Conquista de Jerusalén por los persas*. También se ocupan del tema otras fuentes: el *Chronicon Paschale* (Migne, PG 92, col. 988); Teófanes (*Chronol. ad ann. m. 6.105* en: PG 108, col. 629); la *Crónica* de Miguel el Sirio; la carta encíclica que el patriarca Zacarías escribió desde el exilio a los fieles de Jerusalén y a las otras iglesias (PG 86, cols. 3.228-3.233); algunos pasajes de la obra anónima e incompleta titulada *De persica captivitate opusculum* (PG 86, col. 3.236); la plegaria que lleva el encabezamiento *Exomologesis S. P. Antiochi*, conservada entre las obras de Antíoco de Mar Sabas, y un nuevo fragmento que se encuentra dentro de la homilia 107 *Περὶ κατανύξεως* del propio Antíoco de Mar Sabas (PG 89, cols. 1.846- 1.854); finalmente, la intitulada *Περὶ τῆς ἀλώσεως τῆς Ιερουσαλήμ*, que se guarda en dos manuscritos de la Biblioteca del Monasterio del Sinaí (ms. Sinai 448, fol. 335 y ms. Sinai 432, fol. 162-163).

La *Conquista de Jerusalén por los persas* se conserva en una versión árabe y otra georgiana descubierta en 1962. Existen tres ejemplares de la versión georgiana: uno se halla en la Biblioteca del Patriarcado Griego de Jerusalén, el segundo está en el Museo de Arqueología Eclesiástica de Tiflis,

y el tercero, en un códice árabe fechado en 1329 de la Biblioteca Vaticana (Vatic. Arab. 697). La versión georgiana es más completa que la árabe.

La *Conquista de Jerusalén por los persas* recopila tres escritos. El primero es una narración histórica y anecdotica, teñida de elementos legendarios, trabajo de un monje de la Laura de Mar Sabas, que recoge el asedio y toma de la Ciudad Santa por los persas, la masacre de sus habitantes, la deportación a Persia vía Jericó y Damasco de los sobrevivientes encabezados por el patriarca Zacarías y la apropiación sasánida de la Vera Cruz. A su autor se le conoce como “el monje de San Sabas”. El segundo contiene las memorias de un cristiano de Jerusalén de nombre Tomás, quien entierra a los muertos (entre ellos a su mujer) después de la marcha de los persas. El tercer relato, de idiosincrasia epilocal, narra la vuelta a Jerusalén de la Vera Cruz en 629 tras la victoriosa campaña del emperador bizantino Heraclio contra los persas en 627/628. En 629, Heraclio fue a Jerusalén a venerar la recuperada Vera Cruz. La liturgia católica celebra cada año estos acontecimientos en la misa y el oficio divino del 14 de septiembre (fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz). Los tres relatos son muy poco posteriores a los hechos que narran; sin embargo, es probable que su compilador sea el monje Estrategio, que fue higúmeno de la Laura de Mar Saba hacia 760.

El patriarca Eutiquio dice: «Cosroes envió a su general Scharbaraz. Éste destruyó las iglesias de Constantino, la del Calvario y la del Sepulcro, quemó la iglesia del Calvario y del Sepulcro y destruyó la mayor parte de la ciudad». A su vez, la *Conquista de Jerusalén por los persas* alude a la ayuda que los persas recibieron de los judíos en el saqueo de la Jerusalén cristiana y el maltrato a sus habitantes, encendidos, además, los ánimos de los iranios por las consignas de los magos.

El auxilio judío se explica por el yerro de Constantino I el Grande: éste no sólo no levantó la prohibición que Adriano impuso a los judíos en 135 de penetrar en Jerusalén, sino que les humilló más al dejar que lo hicieran sólo en el aniversario de la destrucción del segundo templo para llorar junto al muro de las lamentaciones. El anticristiano intento de reconstruir el templo de Jerusalén por Juliano el Apóstata (361-363) motivó un mayor odio entre judíos y cristianos. Heraclio castigó en 629 a los judíos por su auxilio a Cosroes II renovando el veto de Constantino a su ingreso en Jerusalén, con la salvedad del aniversario de la destrucción del templo por Tito en 70 d. C.

Modesto, higúmeno del monasterio de San Teodosio, efectuó una pequeña restauración entre 630 y 633 con la ayuda de los obispos de Tibériades, Damasco y Tiro y, sobre todo, del patriarca alejandrino Juan el

Limosnero, según el ritual georgiano conocido a través de un manuscrito de Latal de fines del siglo X titulado *Orden y ritual de los pontífices ortodoxos observados en Jerusalén* y publicado en Tiflis por C. S. Kekelidze en 1912. Las tareas de Modesto cristalizaron en la edificación de dos iglesias, la de la Resurrección o *Anástasis* (encima del de la tumba de Jesús) y la del Calvario, que incluía el simbolismo penitencial de la sepultura de Adán a sus pies, separadas entre sí por el Huerto Santo según el testimonio del peregrino Arculfo, que visitó Jerusalén hacia 670.

El segundo califa del islam, Omar ibn al-Khattab, conquistó Jerusalén en 638, pero respetó la basílica modestina del Santo Sepulcro. Omar rezó ante el Santo Sepulcro, pero no quiso penetrar en su interior para no convertirlo en mezquita. También había impedido la transformación presente y futura en mezquita de la basílica de la Natividad en Belén. Al tiempo, Omar permitió a los judíos volver a Jerusalén.

Es el patriarca de Alejandría Eutiquio quien informa de esos eventos: «Omar ibn al-Khattab y sus generales dejaron Siria y, yendo hacia Jerusalén, asediaron la ciudad. Sofronio, el patriarca de Jerusalén, fue a ver a Omar ibn al-Khattab, quien le otorgó la protección para los habitantes y la ciudad mediante una carta entregada al patriarca en persona. Omar ibn al-Khattab otorgó la salvaguarda de los lugares cristianos dando la orden de no destruirlos ni de usarlos como viviendas».

La conquista islámica de Jerusalén en 638 hizo que judíos y cristianos, «gentes del Libro» (*dhimmi*), fueran tolerados, bien que con sujeción a los musulmanes, con ciertas limitaciones (p. e. prohibición de las campanas y aspectos externos del culto) y el deber de pagar capitaciones e impuestos de índole religiosa. A principios del siglo IX un terremoto dañó la cúpula de la *Anástasis*, que fue reparada por el patriarca jerosolimitano Tomás en 810 con la ayuda de Carlomagno, convertido en protector de los Santos Lugares por su alianza desde 787 con los abbasíes de Bagdad representados por Harum al-Raschid. Esa alianza se explica porque carolingios y abbasíes mantenían una común enemistad con Bizancio y los omeyas de Córdoba. La basílica sufrió incendios en 841, 938 (éste último arrasó el Huerto Santo) y 966. Los dos últimos incendios fueron provocados por los musulmanes (el segundo, a causa de su derrota ante los bizantinos en Siria). Además, en 935 se documenta una tentativa islámica de erigir una mezquita adyacente a la basílica.

En 1009 el califa fatímí Hakim (el sexto de los califas de Egipto, luego divinizado por los drusos) ordenó la demolición de la basílica de Modesto, que fue saqueada sin piedad durante dos meses. Hakim se basó en la

superchería que, en su sentir, suponía “el milagro del Fuego Santo” que acaecía anualmente en el transcurso de la Pascua de Resurrección en el Santo Sepulcro. El emperador romano de Oriente, Constantino IX Monómaco, logró en 1042 permiso de su colega fatímí Al-Mustansir para reconstruir el Santo Sepulcro a cambio de la libertad de 5.000 prisioneros árabes. El emperador de Oriente envió a Jerusalén arquitectos bizantinos. Sus tareas acabaron en 1048, tres años después de la muerte de Constantino IX Monómaco, aunque circunscritas a la iglesia de la Resurrección.

El elemento más noble de la restauración de Constantino IX Monómaco viene dado por los mosaicos que cubren las paredes y la cúpula. A ellos alude el peregrino ruso Daniel durante su visita a Jerusalén en 1106-1107: «La iglesia de la Resurrección es de forma circular y tiene 12 columnas monolíticas y 6 pilares. El piso se halla construido con hermosos bloques de mármol. Tiene 6 entradas y tribunas con 12 columnas. Vistosos mosaicos de los sagrados profetas bajo el cielo raso y sobre la tribuna. Sobre el altar hay un mosaico con la imagen de Cristo. En el altar principal se ve el mosaico de la Exaltación de Adán. La Anunciación ocupa los dos pilares al lado del altar. La cúpula de la iglesia no está cerrada por un arco de piedra, sino que está hecha por dos vigas de madera en forma de cinturón. De esta manera la iglesia tiene una apertura arriba del todo. El Santo Sepulcro se encuentra bajo esta cúpula abierta».

La construcción de la basílica actual empezó tras la conquista de Jerusalén, el 15 de julio de 1099, por los integrantes de la Primera Cruzada. En 1119 el escultor boloñés Renghiera Renghieri arregló el edículo del Sepulcro. En 1140 se encargó al Maestro Jordán la reconstrucción completa de la basílica. Ese arquitecto hizo una catedral de estilo románico francés. La culminación de sus trabajos se festeja el 15 de julio de 1149. Ese día el patriarca Fulquerio consagró la nueva basílica. De este suceso se posee constancia epigráfica en una inscripción latina grabada encima del bronce de la puerta principal: «Este santo lugar ha sido santificado con la sangre de Cristo, por lo tanto nuestra consagración nada añade a su santidad. Sin embargo, el edificio que cubre este lugar santo ha sido consagrado el 15 de julio por el patriarca Fulquerio y por otros dignatarios, en el año cuarto de su patriarcado y en el cincuenta aniversario de la captura de la ciudad, la cual en ese momento brillaba como oro puro. Era el año 1149 del nacimiento de Cristo». En 1154 se añadió un campanario de 5 pisos con una altura de 48 metros. Al pie del Calvario se enterraron Godofredo de Bouillon (muerto el 18 de julio de 1100) y los reyes latinos de Jerusalén: Balduino I (1100-1118), Balduino II (1118-1131) y Fulco I de Anjou (1131-1148). Sus tumbas

desaparecieron a raíz de la restauración que experimentó la basílica en 1809/1810.

Todo esto finalizó con la conquista de Jerusalén por Saladino el 2 de octubre de 1187. El victorioso emir de Egipto adoptó una actitud muy hostil hacia los cristianos: restauró todas las mezquitas transformadas por los cruzados en iglesias, convirtió otros lugares de culto cristianos en graneros o establos, hizo mezquita la basílica de la Ascensión, instaló una escuela de derecho coránico de la tendencia *shaffiita* en la iglesia de Santa Ana construida por los cruzados junto a la Piscina Probática, construyó un hospital en la iglesia de los caballeros de San Juan, comunicó a todo el islam la vuelta de Al-Quds (nombre árabe de Jerusalén que significa *La Santa*) a los verdaderos creyentes. En el valle del Josafat destruyó la iglesia y el monasterio cluniacense que Godofredo de Bullón había elevado sobre la tumba de la Virgen bajo la denominación de “abadía de Santa María del Valle de Josa-fat”. Saladino respetó la cripta por la veneración de los musulmanes a María, a quien el Corán considera la Santa Madre del profeta Jesús, bien que dedicó los restos de la iglesia y el monasterio para reparar las murallas de Jerusalén. En el interior de la Ciudad Santa cedió el Santo Sepulcro y muy pocas iglesias a los cristianos ortodoxos a cambio del pago de un cuantioso tributo. En 1217 el peregrino Titilar indicaba que las puertas del Santo Sepulcro sólo se abrían para los peregrinos que pagaban bien. Había comenzado una nueva etapa en la historia de la basílica.

Gonzalo FERNÁNDEZ

*Fac. de Fa^a y Letras-Historia Antigua
Av. de Blasco Ibáñez 28
46010 VALENCIA (España)
e-mail: gonzalo.fernandez@uv.es*